

## 2 Corintios 4:5-12

Pentecostés 2 2 Cor 4:5-12 Dt 5:12-15; Mc 2:23-28

“No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús, porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciera la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios y no de nosotros, que estamos atribulados en todo, pero no angustiados; en apuros, pero no desesperados; perseguidos, pero no desamparados; derribados, pero no destruidos. Dondequiera que vamos, llevamos siempre en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos, pues nosotros, que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida.”

En el libro de Romanos, Pablo nos habla de la importancia de tener a fieles mensajeros del evangelio, que predicán la verdad de Dios para la salvación de la gente. Dice que todos los que invocan el nombre del Señor serán salvos. Pero luego dice: “¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no son enviados? Como está escrito: «¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!».” (Romanos 10.14–15). Así que los fieles predicadores son un don inestimable para la iglesia, y la iglesia debe agradecer a Dios cuando provea tales fieles predicadores de la palabra.

Pero al mismo tiempo, estos predicadores deben tener cuidado en cómo evalúen a sí mismos, para que sean la clase de predicadores que Dios quiere en la iglesia y realmente sean una bendición para sus congregaciones. Y los que predicán deben evaluar su propia actitud a la luz de lo que Pablo dice de sí mismo y sus compañeros en nuestro texto. Meditemos esta mañana, luego, en el tema: **Proclamemos a Cristo, no a nosotros mismos**. I. Es una respuesta a la luz que Cristo hizo brillar en nosotros mismos. II. Nos hace dispuestos a servir

humildemente para que otros conozcan esta luz. III. Permitimos que la muerte actúe en nosotros, para que otros vivan.

Pablo comienza nuestro texto diciendo: “No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor”. Esto es bueno para que cada predicador lo recuerde siempre. No estamos aquí para hacer una gran reputación para nosotros mismos. No estamos aquí para que nos honren a nosotros. Estamos llamados a hacer una sola cosa, glorificar a nuestro Señor Jesucristo, ensalzar el nombre de Jesucristo. No estamos para hacer a nosotros mismos parecer grandes ante los ojos de la gente. Sólo deseamos que los que nos escuchan siempre vean más grande a Jesucristo y lo que él ha hecho por ellos.

N. T. Wright, en la introducción de su tratamiento de estos versículos usa la siguiente ilustración. Habla de una visita a la oficina de una persona que hacía años había conocido, pero no estaba seguro de reconocerla ya. Subió dos escaleras imponentes para llegar a la sala de espera de la oficina. Una mujer bien vestida más o menos de la edad se acercó, extendiendo la mano. El Sr. Wright le saludó, “Qué bueno verla otra vez”. Lo miró un poco sorprendida, y luego fue a una puerta y la tocó, la abrió, y allí estaba sentada la mujer a quien había ido para ver. Se había equivocado, confundiendo la asistente personal con la que encabezaba la organización.

Pablo no quiere que nadie se confunda acerca de quién es él, y quién es realmente importante en la iglesia. No tiene ningún interés en cultivar algún culto a la personalidad alrededor de su persona. Sólo quiere que los que lo escuchan vean cuán grande es Cristo. Al cabo, Pablo no salva a nadie. Ningún pastor o predicador salva a nadie. Sólo Cristo, quien se hizo hombre y vino al mundo para llevar la carga del pecado del mundo, fue a la cruz y sufrió la pena completa que merecieron nuestros pecados, y luego resucitó triunfante al tercer día victorioso sobre la muerte y el infierno, es el Salvador de la humanidad. Cuando las personas sean dirigidas a él, cuando con fe abrazan a él como su Salvador, tienen en verdad el perdón de los pecados, la vida y la salvación.

¿Por qué es tan insistente Pablo en este punto? Porque él mismo, y todo fiel predicador, tiene que confesar que él mismo es un pecador, uno que por naturaleza fue perdido y condenado, uno que andaba en las tinieblas espirituales hasta que él mismo fuera iluminado por el mismo evangelio que ahora proclama a otros.

“Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciera la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo”.

Compara la situación de su propio corazón antes de recibir la luz del evangelio con las tinieblas que cubrieron la tierra en la creación, antes que Dios dijera: Sea la luz. En su oscuridad hasta perseguía la iglesia de Dios, pensando que estaba haciendo un servicio a Dios al hacerlo. Pero cuando Cristo apareció a él, y fue bautizado por Ananías, reconoció en su corazón la verdadera gloria de Dios, la gloria de Dios que salva a los pecadores, la gloria que se revela en la persona de Jesucristo.

Eso cambió todo para Pablo. Eso le daba el contenido del mensaje que desde entonces predicó. Y es lo que sucede con los verdaderos predicadores ahora también. Predican el mensaje que ha salvado a ellos mismos. Predican a aquella persona que ha salvado a ellos. ¿Cómo poner alguna importancia en su propia persona, cuando han sido sólo pecadores perdidos y condenados, y cuando ellos mismos han sido salvos sólo por la sangre de Cristo derramada por ellos en la cruz? En 1 Corintios también Pablo había escrito: “Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría, pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado” (1 Cor 2.1–2).

Pero entonces, ¿qué es Pablo, y qué son todos los fieles predicadores del evangelio? Pablo dice que son “vuestrs siervos por amor de Jesús”. Aquí Pablo menciona tanto la motivación y el efecto. La motivación es “por amor de Jesús”. Lo que lleva a Pablo y todo fiel predicador del evangelio a hacer su trabajo en beneficio de otros es la profunda gratitud que tiene por lo que Cristo ha hecho por él. El amor de Jesús que alcanzó inclusive a él ahora lo lleva a dedicarse sólo a buscar el beneficio de los que escuchan su mensaje. Así no son “vuestrs siervos” en el sentido de que pertenecen como esclavos a los miembros de la congregación. Pertenecen al Señor, pero inspirados por el amor de Cristo que resultó en su propia salvación, no escatiman fuerzas para que otros puedan tener el mismo beneficio de la fe en Cristo Jesús. No quiere decir que tienen que hacer todo lo que agrada a los oyentes. Más bien, en fidelidad a Cristo comunicarán fielmente el mensaje que Dios ha revelado en su palabra, llamando al arrepentimiento, y a los que

reconocen y lamentan sus pecados, asegurándolos del libre perdón de su Salvador.

Así los fieles ministros de Jesucristo aceptan que la muerte actúe en ellos, para que otros vivan. Pablo, y muchos fieles predicadores a través de los siglos, sufrían mucha oposición y tribulación en llevar a cabo su ministerio. Si buscaba su propia gloria, la ignominia a que fue expuesto bastaría para dar serias dudas de la realidad de su misión. Sin embargo, eso no fue el caso. Más bien aceptó las pruebas, la oposición, el peligro inclusive de la muerte muchas veces, y seguía fiel en la misión que su Señor le había encomendado.

Dice: “Estamos atribulados en todo, pero no angustiados; en apuros, pero no desesperados; perseguidos, pero no desamparados; derribados, pero no destruidos”. Pablo menciona que son atribulados o afligidos en todo. Su caso es un buen ejemplo de lo que dijo Lutero de que nuestra cruz viene a nosotros precisamente en nuestra vocación, cuando cumplimos con las responsabilidades que se nos dan. Muchas de esas aflicciones ponían obstáculos a lo que fue llamado a hacer, pero no permitía que ninguna de ellas le hiciera desistir de proclamar a Cristo. Aun en las circunstancias más adversas, Dios proveyó la oportunidad de compartir las buenas nuevas del perdón de pecado en Cristo con alguna persona a quien no habría llegado de otra forma.

“En apuros, pero no desesperados”. Muchas veces estaba perplejo, pero no permitía que eso tampoco lo impidiera seguir cumpliendo su ministerio. “Perseguidos, pero no desamparados”. ¡Cuántas veces los adversarios trataron de eliminar a Pablo! Sin embargo, el Señor repetidamente lo pudo rescatar. “Derribados, pero no destruidos”. Varias veces Pablo fue apedreado, dejado por muerto; sin embargo, volvió y fortaleció a los hermanos.

En todo esto Dios también tuvo un propósito. Quiso demostrar que el tesoro era el mensaje de salvación mismo. Nadie debe pensar que el secreto del poder del evangelio estaba en los dones superiores o el éxito constante de los mensajeros. El mensaje tenía que ser todo, los mensajeros por tanto eran prescindibles. El mensaje que él y sus compañeros proclaman es en verdad un tesoro incalculable, de hecho, la única esperanza de salvación de los pecadores. Pero “tenemos este tesoro en vasos de barro”. ¿Por qué? “para que la excelencia del poder sea de Dios y no de

nosotros”. Cuando frente a la debilidad, el desprecio, el maltrato, la persecución, el evangelio seguía ganando siempre más almas, sería evidente que el poder no estaba en los mensajeros, sino exclusivamente en el mensaje que llevaban. Allí estaba el poder del Espíritu para convertir almas y hacerlas creyentes. Allí estaba el poder de tomar a personas que sufrían por predicar el evangelio o por creerlo, y mantenerlos en su fe a pesar de toda dificultad. Todo el poder estaba en el mensaje que proclamó la victoria de Cristo sobre el pecado, el infierno y la muerte.

¿Cómo interpreta Pablo sus sufrimientos por causa del evangelio y su fruto para los oyentes? “Dondequiera que vamos, llevamos siempre en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos, pues nosotros, que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida”. Todo este sufrimiento es sencillamente estar unido con Cristo en su sufrimiento y cruz, pero el resultado es que Dios finalmente lo libra y demuestra también la vida de Cristo en su vida. Realmente está diciendo que siempre lleva en su cuerpo el matar a Jesús, el proceso que finalmente llevaba a la muerte de Jesús. De la misma forma los sufrimientos de Pablo en conexión con el evangelio son una participación en el sufrimiento de Cristo mismo. Pero como Cristo asumió su sufrimiento en amor para con los hombres perdidos, también Pablo acepta todo esto porque ve que el verdadero resultado es que la vida actúa en sus oyentes.

Así es la actitud que conviene para todo el que quisiera ser un fiel mensajero de Jesucristo. Está consciente de que en sí mismo no ha merecido nada, sino que Cristo sólo por su gracia le ha rescatado de la condenación a costo de su propio sufrimiento y muerte. Pero esto le hace dispuesto también a sufrir todo lo que la fidelidad a Cristo y el evangelio le exija, porque el amor que ha recibido le inspira también amor para con otras almas perdidas, para que también ellos tengan vida eterna por la sangre que Cristo derramó para ellos.

Y para los oyentes también conviene que consideren estas cosas. No deben ofenderse porque los mensajeros son vasos de barro, indignos por sí mismos de ser los portadores del mensaje de salvación. Lo que deben ver es el valor del mensaje mismo, un mensaje que rescata de la muerte y da la vida eterna sólo por la

gracia de Dios y de su Hijo Jesucristo. Ese mensaje el Espíritu Santo quiere usar también para que cada uno de nosotros tengamos vida, y la tengamos en abundancia. Gracias a Dios, sobre todo por el mensaje, pero luego también por todos los que nos traen este mensaje para la salvación de nuestras almas. Amén.